

era la devoción que estaba en moda, como hoy la Inmaculada Concepción y la Saletta. Falsificaciones en el siglo XIX lo mismo que en el XII. En materia de piedad fraudulosa, la Iglesia es verdaderamente inmutable. Pero falsedades por falsedades, nosotros preferimos las de la Edad Media; tienen en su favor las tinieblas intelectuales y morales, lo cual, si no es una justificación, es por lo menos una excusa. Pero para los eruditos católicos del siglo XIX no hay ninguna; tienen a su disposición la ciencia para ilustrarse, y como sacerdotes, tienen el deber de ilustrar á los fieles. ¡La ciencia! Más de una vez hemos oído á los defensores del pasado acusar á los librepensadores de haber alterado la historia por odio á la religión. ¡Pues hé aquí que sorprendemos á las gentes de Iglesia en flagrante delito de falsedad: á los unos citando apócrifos ó traduciendo falsamente para fabricar un nuevo dogma; á los otros auxiliando una farsa sacrilega para fabricar un milagro, y á algunos, en fin, que, para defender la autenticidad de una reliquia, invocan un diploma fabricado, falsificado, cuando tenían ante la vista los testimonios de la verdad! ¡Y esos escritos en que el piadoso fraude da su mano á la ignorancia están destinados á ilustrar á los fieles! ¿Están también destinados á moralizarlos?

III

Todavía tenemos bastantes testimonios que invocar en favor de la túnica sin costura; y tienen un olor de santidad tan pronunciado, que merecen ser publicados para mayor gloria de la Iglesia. En el año 1513 se abrió la caja para hacer la primera exhibición de la preciosa reliquia; tienen las reliquias una virtud verdaderamente milagrosa, la de que se multiplican á capricho del piadoso fraude: prueba de ello, la túnica sin costura. Una túnica no es un traje completo; hacen falta medias por lo menos, si no es que sea para vestir á un capuchino. Pues se encontraron en la caja, según la relación de un clérigo testigo ocular, las medias que llevó Nuestro Señor Jesucristo y que le había hecho la Santa Virgen. Los dos profesores de Roma dicen que los Judíos no usaban medias (1). Pero

(1) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, página 8.

¿qué importa? Jesucristo, el Hijo de Dios, ¿no podía y no debía ser más limpio que la raza en cuyo seno había querido nacer?

Aun había en aquella caja, verdadero tesoro de reliquias, otra cosa. Un gran dado, el mismo que sirvió á los soldados romanos para echar á la suerte la túnica de Jesús. Este testimonio acredita la autenticidad de las reliquias con tal evidencia, que no se concibe por qué los defensores modernos de la gran reliquia no dicen de ella ni una palabra (1). ¿Habrían tal vez retrocedido ante las risotadas de Calvino, que se burla de ese dado ni más ni menos que de otras reliquias? ¿O tendrían miedo de enseñar un dado que es evidentemente de fabricación moderna? Esto atestiguaría poca fe: hallándose el dado en la misma caja que la túnica, merece el mismo respeto. Una reliquia acredita á la otra, como un milagro confirma otro milagro: son dos falsos testigos que vienen á consignar ante la justicia su hombría de bien.

Pero hé aquí lo más maravilloso todavía: en Tréveris hay una segunda túnica de Jesús. Diríase que Dios, en su misericordia, ha acumulado los milagros y los testimonios para dar luz á los ciegos y para procurarles la salud á pesar de su obstinación. Hace tiempo que se suscitó un debate bastante escandaloso entre el cabildo y el obispo acerca de la segunda túnica, la cual se encontraba en la capilla episcopal. ¿Eran celos, ó era ignorancia? Lo que hay de cierto es que las objeciones que los canónigos hacían contra la reliquia del obispo tienen exacta aplicación á la túnica sin costura, cuya autenticidad reconoce todo el mundo. Las dos túnicas difieren en color, en tela y en hechura; de consiguiente, dicen los canónigos, la del obispo es falsa: pero lo mismo pudiera decirse: la del obispo es auténtica y la otra es la falsa. ¿Qué consecuencia se puede sacar de esa contradicción? Los incrédulos dicen que las dos túnicas son falsas. Nosotros sostenemos que las dos túnicas son igualmente auténticas. ¡Eso es absurdo! exclaman los dos profesores de Bonn. ¡Oh! precisamente porque es absurdo es verdadero. Hé aquí nuestro razonamiento: los canónigos prueban de una manera evidente que la reliquia del obispo es falsa; es así que sus argumentos prueban también la fal-

(1) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, página 57.

sedad de la gran reliquia; luego las dos reliquias son auténticas. ¿Se quiere un suplemento de prueba? La corte de Roma lo ha decidido así. ¿Ha hablado Roma? Luego es verdad (1). Hay todavía que advertir que los defensores de la gran reliquia niegan la autenticidad de la pequeña, y que para denigrar más á esa pobre pequeña, hacen decir á la corte de Roma lo contrario de lo que ha pronunciado. Pero este es un fraude inspirado por la piedad, y, por lo tanto, muy religioso. Después de todo, hay tantos piadosos fraudes en el asunto, que no vale la pena el disputar por uno de más ó de menos.

Citaremos todavía, á calidad de argumentos, las objeciones hechas por los adversarios de la reliquia, objeciones que, como de costumbre, se vuelven contra los que atacan las cosas santas. Tréveris posee una túnica venerable por su antigüedad; ¿no es esto cierto? Nosotros decimos que es la túnica sin costura de que habla el Evangelio de San Juan. Los dos profesores de Bonn pretenden que la túnica tiene costura. Qué saben ellos. Dicen que en 1810, el vicario general Cordel comprobó que había en la túnica una figura que afirmó era la cabeza de un animal; y añaden nuestros dos herejes que, en 1844, un peregrino que no debía ser muy creyente, porque se puso anteojos para ver mejor, observó que las figuras de animales estaban cortadas, lo cual no se explica sino por la costura de las piezas ajustadas, y, por consiguiente, cosidas para hacer una túnica. Y si nos engañamos, dicen ellos, hay un medio muy sencillo de convencernos de error: no hay más que someter la túnica á un examen pericial (2). El reto no fué aceptado, excusado es decirlo; es necesario ser un hereje para que á uno se le ocurra semejante idea. Los celosos, en forma de respuesta, se burlaron de los dos profesores, tratándolos de *sastres juramentados*, y esto bastó; quedó probado, para confusión de los incrédulos, que la túnica no es cosida, aunque tenga costuras.

Otro tanto sucede con las demás objeciones de los profesores *sastres*, las cuales no hacen más que realzar el milagro. En el Evangelio de San Marcos se lee que Jesucristo prohibió á sus apóstoles que

(1) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, páginas 86-88.

(2) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, páginas 119-120.

llevaran dos túnicas (1). Luego había gentes que llevaban dos; tales eran los escribas, á los cuales increpaba Jesús, porque usaban largas vestiduras. Y la túnica sin costura tiene cinco pies, otros dicen que cinco y medio; de consiguiente, era una de esas largas vestiduras que los ricos se ponían sobre la túnica ordinaria, que era mucho más corta; y Jesús, que dice que hay que guardarse de las gentes que llevan largas vestiduras, Jesús, que recomienda á sus apóstoles que no lleven más que una túnica (2), ¿habría de asemejarse á nuestros predicadores, que hacen lo contrario de lo que predicán? ¿No es como signo de pobreza por lo que se le hace llevar una túnica sin costura, la cual usó siempre y creció con él? ¡Y se le quiere dar como suya la túnica de Tréveris, teñida de púrpura, de un hilo finísimo y que en definitiva es un traje de lujo! ¿Se concibe á Jesucristo elegantemente vestido, cuando dirige sus invectivas contra aquellos que se distinguen por el esmero en sus adornos? (3). ¿Qué se puede responder á esas sutilezas? Que nuestros dos profesores son incompetentes; que únicamente los sastres y los fabricantes de telas serían los que pudieran decidir esas cuestiones, y que hasta el presente el obispo de Tréveris no ha creído oportuno nombrar peritos para comprobar la piadosa tradición; nosotros esperamos que no lo hará nunca; lo contrario sería faltar al respeto debido á una venerable reliquia que tiene á su favor los cabellos blancos.

Los profesores de Bonn insisten y dicen que no se trata de una cuestión de sastrería, sino que el hecho es más grave. Por una parte, la información practicada en 1810 por el vicario general acredita que hay figuras de animales en la túnica sin costura, y atestigua, por otras, que ese descubrimiento fué poco agradable al alto clero; y lo que lo prueba es que el profesor del seminario episcopal, que copia aquella información, omite precisamente el pasaje referente á aquellas figuras, pequeño fraude de omisión que nada significa entre tantos piadosos fraudes. Resulta, sin embargo, que, por confesión de la Iglesia de Tréveris, en la famosa túnica hay figuras de animales. Ahora bien, ¿quién no sabe el horror que la ley de Moisés ins-

(1) SAN MARCOS, VI, 9.

(2) SAN MARC., XII, 38 — SAN LUC., XX, 46.

(3) SAN MAT., XI, 8. — GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, p. 3-7.

piraba á los judíos hacia toda imagen que representase un ser viviente? Jesucristo, que observaba tan escrupulosamente las prescripciones de la ley, ¿había de haber violado una prohibición tan capital? Y aunque él hubiera tenido el capricho de violarla, ¿lo hubieran consentido los judíos? ¿Podía pensar en violarla la Santa Virgen, que hizo la túnica? (1). ¿Qué se puede responder á eso? Lo más prudente es imitar al defensor oficial de la túnica, haciendo como que se ignora esa enojosa historia de las figuras. Cuando no se sabe qué decir, no se dice nada. Y así haremos nosotros.

N.º 2. — *Las santas túnicas por docenas.*

I

Hay veinte túnicas; luego las diez y nueve por lo menos son falsas. ¿O es que Jesucristo poseía veinte túnicas? Eso hubiera constituido un vestuario de príncipe oriental, lo cual no corresponde al Hijo del Hombre, que nació en un pesebre y que no tenía una piedra para reposar su cabeza. Sin embargo, las veinte *grandes reliquias* tienen todas sus pruebas, sus autoridades, y, ¡cosa curiosa!, la mayor parte tienen su certificación de autenticidad expedida por el vicario infalible de Dios. Pongámonos en escena esa comedia santa, que no podrá menos de edificar á nuestros lectores y de contribuir á su salvación.

La túnica sin costura se encuentra en Moscow, dicen los Rusos. ¡Cómo! ¿Entre los Bárbaros? ¡Cómo! ¿Entre los cismáticos? Los Griegos pretenden ser los verdaderos ortodoxos, y bien pudiera ser que tuviesen razón. Como quiera que sea, aquí no se trata de ortodoxia; es una cuestión de hecho, y la tradición moscovita es muy respetable é infinitamente más probable que la de Tréveris. Esta no explica el cómo y por qué la túnica de Jesucristo quedó en Palestina, mientras que la leyenda rusa da una explicación muy satisfactoria de la traslación de dicha túnica y de su hallazgo entre los Bárbaros. ¿Quiénes eran los soldados romanos entre los cuales se echó á la suerte la túnica? De seguro no eran Judíos; es más que probable que fuesen asiáticos. Por Tácito sabemos que

una legión escitia ocupó la Siria durante el reinado de Tiberio. Pues bien, en esa legión servía un Georgiano á quien le cupo en suerte la famosa túnica. ¿Se apresuró ese Georgiano á venderla, como hay que suponer, si se la quiere conservar en la Palestina? Nada menos probable. Recuérdense bien los prodigios que acompañaron á la muerte de Jesús: el eclipse, el temblor de tierra, los sepulcros que se abrieron y los muertos que resucitaron. Al ver la naturaleza sublevada contra los asesinos, el capitán romano exclamó: "Seguramente era este el Hijo de Dios." ¡Y se quiere que el soldado venturoso poseedor de la túnica la hubiese vendido! Si ella hubiese tenido un gran valor, en rigor se comprendería bien; ¡pero la túnica de un pobre entre los pobres! El soldado se la guardaría como recuerdo ó como un precioso amuleto; y hé ahí cómo vino á parar muy naturalmente entre los Escitas (1). Que se sometan estas probabilidades á un jurado; que en seguida se le cuente la historia de Santa Elena descubriendo la túnica después de cuatro siglos, sin saber dónde, ni cómo, ni en poder de quién, y de seguro el jurado decidirá á favor de Moscow.

La túnica de Tréveris no tiene á su favor más que un diploma apócrifo y una tradición que se apoya también en una falsedad, con la circunstancia de que el uno y la otra datan del siglo XII. ¡Falsedades para demostrar la autenticidad de una reliquia! ¡Una leyenda forjada en el siglo XII para dar testimonio de una reliquia del siglo II! Pero todavía hay más: Gregorio de Tours, que escribía en el siglo VI, refiere que la túnica de Jesucristo se encontraba en una ciudad de Galacia; y entra en pormenores, y designa la iglesia y la cueva y da la descripción de la caja en que está encerrada la preciosa reliquia; todo en el tono sencillo é ingenuo que distingue al historiador franco. Hé aquí un testimonio positivo que tiene á su favor por lo menos la antigüedad. ¿Qué oponen á eso los defensores de la túnica trevirense? Reprochan á Gregorio su credulidad (2). Aceptamos el reproche; pero ¿no estaría mil veces más fundado aplicándolo á los apologistas del siglo XIX? ¿No será necesario deducir de todo ello que la credulidad

(1) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, página 11.

(2) GREGORIUS, *de Gloria martyrum*, c. 8.—GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, p. 56.

(1) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, página 1-9.

vicia los testimonios en materia de reliquias, y que, por lo tanto, ninguna merece fe?

Había en Safed una tercera túnica sin costura, y de allí fué llevada á Jerusalén. El que esto dice es Fredegario, escritor del siglo VIII; y después de él, todos los cronistas repitieron ese maravilloso descubrimiento, contando que la túnica estaba encerrada en un cofre de mármol, y que ese hecho fué revelado por un judío con motivo de una cruel enfermedad; que se trasladó el cofre á Jerusalén, y ¡oh prodigio! el cofre pesaba menos que si fuera de madera; otros dicen que pesaba menos que una pluma. ¿De qué modo separar esta tercera túnica? El defensor de la gran reliquia no se atreve á negar el hecho que acabamos de referir; pero niega resueltamente que la reliquia de Safed sea la túnica sin costura, en razón á que los cronistas no la habían visto, mientras que á la reliquia de Tréveris se la puede ver y se la puede tocar. Esto no tiene réplica: solamente preguntaremos al profesor del seminario episcopal si ha visto él lo que contiene el cofre de mármol; y si no lo ha visto, ¿cómo puede afirmar ni negar lo que contiene? En cuanto á la túnica de Tréveris, á los fieles se les ha permitido verla, pero no tocarla, y hasta el día ningún sastre ha declarado que sea túnica sin costura (1).

II

La cuarta túnica, siempre sin costura, que es la de Argenteuil, hace una terrible competencia á la gran reliquia de Tréveris; no parece sino que los defensores de las dos túnicas verifican un duelo de falsificaciones. ¡Y los que nos las presentan son ungidos del Señor, hombres á quienes inspira el Espíritu Santo para predicar la verdad, únicos hombres que tienen la misión de enseñar la moral! Coloquemos esas soberbias pretensiones enfrente de los hechos, y resultará la prueba de una falsedad, la más grande y la más funesta de todas, la del falso dogma de una revelación milagrosa, el falso dogma de una Iglesia fundada por Dios con facultad de enseñar y de gobernar las almas. Hé ahí por qué insistimos sobre esos piadosos fraudes, é insistiremos aún para demostrar lo que es la re-

(1) GILDENMEISTER und SYBEL, *der heilige Rock zu Trier*, páginas 57-60.

acción católica. ¡Es una reacción religiosa, y la recurrido á la mentira y á la falsedad! ¡Qué horrible alianza la de la religión y el crimen!

La túnica sin costura de Argenteuil es la misma de Safed, llamada Jafa por un apologista francés. Porque aun cuando los clérigos solos sean los que tengan la misión de enseñar, no están obligados á saber geografía. Además, están también reñidos con la razón y el buen sentido. Por eso, aun cuando es evidente que Gregorio de Tours y Fredegario hablaban de dos túnicas diferentes, bajo la pluma de M. Guerin se verifica un milagro: las dos túnicas se convierten en una, sin necesidad de sastre que las una. ¿Esa es una falsificación ó una ignorancia? La simpleza juega un gran papel en la ciencia católica. M. Guerin quiere probar que su reliquia existía ya en Galacia antes del siglo V, y dice: "Se ve que anteriormente á Gregorio de Tours era ya venerada la santa túnica, puesto que declara que no puede ocultar lo que le habían dicho ciertas personas." Hé ahí la lógica que se enseña en los seminarios. Gregorio habla naturalmente del tiempo en que él escribía, y el siglo VI se convierte en V por un razonamiento que repugna á la razón.

La túnica de Argenteuil se hallaba en una ciudad de Galacia allá por el siglo V ó VI. ¿Cómo abandonó la cripta en que se ocultaba? La ciudad fué destruida por los Persas, dice M. Guerin, y cita á Gregorio de Tours, que no dice nada. ¡Otra alteración de las fuentes históricas! Para pescar en aguas turbias, nada es más lógico que revolver los manantiales. La ciudad de Galacia fué, pues, tomada por los Persas. ¿Cómo se salvó la preciosa reliquia? Hubo todo el tiempo necesario para salvarla, dice el defensor de Argenteuil; conjetura formada en el aire, que ni tiene apariencias de probabilidad, puesto que la toma de la ciudad es un cuento. Pero esto no obsta para que M. Guerin refiera su conjetura como si fuese un hecho afirmado por un testigo ocular. La túnica de Argenteuil dejó la Galacia; pero aun tenía un largo viaje que hacer para llegar á las Galias: hay que andar jornadas. Por de pronto se detuvo en Safed; y ¿por qué en Safed? Sigeberto lo atestigua, responde nuestro erudito clérigo, y resulta que Sigeberto no ha dicho ni una sola palabra. ¡Nuevo piadoso fraude! La túnica permaneció en Safed hasta el año 594. ¿Cómo vino á manos de un Judío? ¿Fué en calidad de

prenda? Y se responde: *No sabemos bien por qué motivo.*

Después de una estancia en Safed, larguísima según los cronistas, y muy corta según M. Guerin, que sabe mejor que ellos lo que pasó en el siglo VI, la santa túnica llegó á Jerusalén. ¿De qué manera? Ese viaje es tan auténtico como los de Gulliver. La túnica se hallaba, *no sabemos bien por qué motivo*, en un mismo relicario con la cruz de Jesucristo. Esta cruz tiene su historia: conquistada por los Persas, restituida á los Griegos, fué transportada solemnemente á Jerusalén en 628. Los historiadores hablan larga y extensamente de ello. Y si la túnica de Jesucristo hubiera estado entre las reliquias, ¿no hubieran hecho mérito de ello los escritores griegos? Eso es indudable; pero los apolo-gistas se sobreponen á la certidumbre histórica; y aun cuando en Jerusalén nadie supiese que allí estuviera la túnica, la túnica estaba allí. Los frailes y los curas lo afirman, luego es así.

La santa túnica está ya en Jerusalén. ¿Cómo vino desde allí á Argenteuil? Sobre esto ya no se entienden los benedictinos y los curas. Gerberon sostiene que hizo directamente la jornada desde Jerusalén á Argenteuil; lo que no dice es si fué á pie ó á caballo, por tierra ó por mar. No, dice M. Guerin, la túnica no permaneció en Jerusalén, y fué una dicha providencial; si hubiese permanecido allí, habría sido envuelta en la ruina de la Ciudad Santa cuando fué destruida por los Persas. Pero dado que la túnica sin costura se encontraba en un mismo relicario que la cruz, todo se explica, participó de sus peregrinaciones, y llegó sana y salva á Constantinopla. Cierto es que allí, ni más ni menos que en Jerusalén, nadie advirtió la presencia de tan preciosa reliquia, acerca de la cual guardan completo silencio los escritores griegos, silencio que podría embarazar á un escritor laico, porque el silencio es cuando menos una falta de prueba; pero esa no es la crítica que se cultiva en los seminarios. ¿No hay prueba? Luego la hay. "Nos parece, dice M. Guerin, que podemos en buena crítica deducir de aquel silencio que la túnica sin costura se hallaba entre las otras reliquias en Constantinopla."

Hé ahí la buena crítica. La túnica está en Constantinopla. De allí á Argenteuil todavía hay distancia; pero ¡la ciencia católica es tan hábil! Hay una tradición que atestigua que la emperatriz Irene

dió la túnica de Nuestro Señor á Carlomagno, y que este príncipe la colocó en el monasterio de Argenteuil, del que su hija era abadesa. ¿En qué se apoya esta tradición? En las autoridades más respetables. Por de pronto en Helgandus, religioso del siglo XI, que atestigua el hecho; después en Roberto, abad del monte San Miguel, en su *Continuación de la crónica de Sigeberto*, y, por último, Werner de Rollevink habla igualmente de ello en su *Fasciculus temporum*. ¡Negad ahora la ciencia de los seminarios! Es verdaderamente prodigiosa, porque ve testimonios donde no los hay. Helgandus no dice una palabra de nuestra tradición; otro tanto le sucede á Roberto, y Rollevink guarda el mismo silencio. ¿Qué diría un tribunal si ante él se invocasen tres testigos con sus nombres y apellidos, asegurando que habían depuesto de un hecho, y esos tres testigos no hubieran dicho una palabra? Resolvería que en ello había un engaño, con el cual se había querido sorprender á la justicia. ¡Y es un ungido del Señor el que forja testimonios para ayudar á la superstición á forjar una reliquia! ¡Tal es la ciencia católica, su profundidad y su buena fe! Se cita con falsedad, se citan apócrifos, se cita hasta lo que no existe, ya sea para fabricar reliquias ó sea para fabricar dogmas. Quizá un docto descubra el piadoso fraude; pero ¿qué importa? Los fieles no dejarán de creer por eso á su cura, y el piadoso fraude seguirá adelante.

Hé aquí un hecho muy curioso de la piadosa tradición de Argenteuil. Se celebra allí una antigua *misa de la santa túnica*, en que se relata la leyenda de Carlomagno como una santa verdad. Citaremos de ella algunos versos:

*Dans l'avènement à l'empire.
Charlemagne enfin la retire
Des ennemis du nom chrétien.
Argenteuil est l'heureuse ville
Où Dieu, comme dans un asile,
Voulut qu'on mit ce saint trésor (a).*

Como se ve, la leyenda se apoya en la expedición fabulosa del gran emperador á Jerusalén. Todo pasa aquí en el terreno de la fábula. A pesar de su audacia, los sabios católicos ya no se atreven á invocar las guerras de Carlomagno contra los infieles; pero las reemplazan ventajosamente con el do-

(a) Al advenimiento del imperio, Carlomagno la recuperó de los enemigos del nombre cristiano, y Argenteuil fué la feliz ciudad donde Dios quiso que se colocara este precioso tesoro como en un asilo.

nativo que la emperatriz Irene hizo al César de Occidente, sólo que ese donativo es una ficción ni más ni menos que las poesías de la Edad Media. Pero no importa, los apolo-gistas lo saben todo, y con todos sus detalles, y citan el día en que la preciosa reliquia fué trasladada al convento de Argenteuil. ¡Pero si ese convento no fué construido hasta el siglo XIII! ¡Nuevo prodigio! ¡La túnica fué depositada en el siglo IX en un monasterio que no se construyó hasta el XIII! Pero ahora se comprenderá que dicho monasterio fué destruido por los Normandos antes de haber sido construido, y que las religiosas salvaron su reliquia, no transportándola, sino tapiándola, que era el mejor medio de preservarla de la destrucción de los muros del convento.

La milagrosa túnica fué más de una vez destruída y siempre resucitó; tiene eso de común con la superstición que es igualmente inmortal. En el siglo XII se apoderan los benedictinos del monasterio de Argenteuil, expulsando de él á las religiosas por la enormidad de sus pecados, dice el acta de donación. La túnica sale de su escondrijo y hace maravillas en favor de los frailes. "Desde aquella época, dice un devoto de la santa túnica, data el rápido acrecentamiento de Argenteuil: peregrinos de toda edad, sexo y condición, acudían á venerar la urna milagrosa, y las donaciones y las fundaciones piadosas aumentaron las riquezas del monasterio." Como se ve, los piadosos fraudes son una excelente especulación. Si los caballeros de industria conociesen sus intereses... tomarían la capucha y fabricarían milagros, ó, por lo menos, reliquias; y no sólo evitarían de ese modo las quiebras de la policía correccional, sino que además pasarían por santos; y ¿quién sabe? sus piadosos fraudes les abrirían tal vez las puertas del cielo católico.

El siglo XVI fué una época funesta para las reliquias: Calvino las trató con un desdén cruel, y los hugonotes las hicieron pasar muy malos ratos. En 1567, un regimiento calvinista ocupó á Argenteuil: el saqueo y el incendio eran el derecho común de aquellos buenos tiempos. ¿Qué fué entonces de la santa túnica? La historia dice que fué quemada, sólo que esa historia no es del gusto de los católicos; y cuando los hechos contrarían una superstición, niegan los hechos ó los alteran. Uno de los defensores de Argenteuil confiesa que los

hugonotes saquearon la urna, que pisotearon la santa reliquia; pero añade "que manos piadosas y fieles recogieron el divino despojo." No satisfacía esto al más moderno de los apolo-gistas, porque la reacción se hace cada vez más exigente con la historia. ¡Pobre historia! No tiene más remedio que mentir para agradar á la Iglesia. M. Guerin afirma que los benedictinos "sustrajeron la urna donde se hallaba nuestra reliquia, que de esa manera escapó felizmente á las profanaciones de los hugonotes." ¿Quién ha enseñado eso á M. Guerin? Sin duda, el Espíritu Santo, la mejor de todas las autoridades históricas.

Lo cierto es que, á despecho de los hugonotes que la quemaron, la túnica sin costura resucitó, y dió pruebas de su autenticidad haciendo gran número de milagros. El siglo XVIII, dice nuestro apolo-gista, ha producido enemigos del cristianismo, "más ciegos que los Bárbaros y los Normandos y más crueles que los hugonotes." Los *descamisados* practicaron lo que la filosofía había enseñado: comenzaron por saquear el convento de Argenteuil, y se apoderaron de la preciosa caja que la duquesa de Guisa había regalado á los benedictinos; pero si hemos de creer al verídico M. Guerin, ó la túnica no tentó á los revolucionarios, ó el cura tuvo la destreza de sustraerla á los nuevos Vándalos escondiéndola en su jardín. En 1804, á instancia del cardenal Caprara, se examinó la autenticidad de la reliquia, y dicho se está que los fabricantes llamados para el reconocimiento depusieron en favor de la túnica sin costura: movidos de su santo celo, aquellos fabricantes imitaron á los ungidos del Señor, echando una piadosa mentira; afirmaron que la túnica, la caja de hierro dorado y el cofre de madera eran los mismos que se hallaban en el priorato de Argenteuil. Los apolo-gistas se ven obligados á confesar que esto es falso, por lo que se refiere al cofre y á la caja; pero, á sus ojos, esa mentira "es un descuido muy poco esencial, un hecho absolutamente sin importancia." Así es como la superstición altera el sentido moral.

La reliquia resucitada estuvo mucho tiempo sin hacer milagros, porque no se hacen milagros en presencia de incrédulos, y los hombres de la Revolución no estaban gran cosa dispuestos á creer en las reliquias y en los prodigios que hacen. Pero no fué ya lo mismo cuando hubo crecido